

## EPÍLOGO

En la línea de los “discursos” franceses, filosóficos y políticos, también destaca el de Anne-Robert-Jacques Turgot (*Discours sur les avantages que l'établissement du christianisme a procurés au genre humain*, 1750), quien muy joven aún, fue el aristocrático y brillante depositario de las llaves de la *Maison de la Sorbonne*. Presidía las reuniones profesoras y las asambleas estudiantiles<sup>217</sup> mientras escribían sobre Diderot y su filosofía y comentaba a Maupertuis y las hipótesis sobre el origen de las lenguas, lo que indica coincidencia con las inquisiciones de Rousseau. Como él, participo Turgot (en grado de tentativa, pues no concluyó su manuscrito) en otro concurso, el convocado por la Academia de Soissons, escribiendo unas “Recherches sur les causes des progrès et de la décadence des sciences et des arts ou réflexion sur l'histoire des progrès de l'esprit humain” (1748). En aquella época se enamoró de Anne-Catherine de Ligniville, quien acabaría desposándose con Helvetius, autor del muy famoso opúsculo *De l'Esprit*. Franklin también se sintió atraído por la ya viuda de Helvetius quien, como se ve, hacía furor entre el gremio filosófico.

Entre su carrera de magistrado (“maître des requêtes”) y los líos jansenistas tuvo tiempo de componer *Plan para una obra de geografía política*, *Plan para dos discursos sobre la historia universal* y, sobre todo, en 1753 las *Lettres à un grand vicaire sur la tolérance*. Se sabe que fue colaborador de la *Encyclopédie* quedando a su cargo las “entradas” etimología, existencia, expansibilidad, feria y fundación. Medroso, Turgot dejó de colaborar en ella a raíz de la prohibición regia que cayó sobre aquel gran diccionario arquetípico. Sus trabajos lo ligaron con los fisiócratas, especialmente con Quesnay y Mirabeau. Convirtió a DuPont de Nemours en su secretario, sin que le fuera dado adivinar

<sup>217</sup> Fechas y otros datos tomados del “Estudio preliminar” de Gonçel Mayos Solana, en *Discursos sobre el progreso humano*, de Anne-Robert-Jacques Turgot, Madrid, 1991 (la traducción de Mayos Solana comprende el *Discurso* y el *Cuadro* (“Tableau philosophique des progrès sicle sifs de l'esprit humain”). Los dos trabajos el *Discurso* y el *Cuadro* o *Pintura* son conocidos también como *Sorbónicas*, en atención al sitio académico en que se dejaron ver por vez primera y en razón de que con ese término se reconocía el ciclo escolar de la gran Universidad.

o presentir al futuro revolucionario que anidaba en ese joven entusiasta. Llegó a más y conoció finalmente a Adam Smith.

Su labor administrativa como intendente en Limoges, atrasado y pobre, fue notable y fructífera, pues logró suavizar reglas y costumbres odiosas sobre los impuestos, el alistamiento militar y el trabajo forzoso (la *corvée* del ancien regime). En medio de esas preocupaciones y fatigas Turgot le encontró horas al día para ir componiendo sus *Réflexions sur la formation et la distribution des richersses*, su obra maestra.

Mayos Solana<sup>218</sup> ha constatado, en la correspondencia de Turgot con Hume, menciones al *Emilio* y al *Contrato social*, lo que permite apreciar el impacto importante de Rousseau sobre el futuro ministro de finanzas del reino, nombramiento que le extendió Luis XVI al hacerlo Contrôleur Général des Finances en 1774, y a quien Turgot le proponía en su “Lettre au Roi”, combinar el despotismo ilustrado con reformas liberales en el área de la instrucción pública, la elección de los ayuntamientos y el impuesto único, sueño imposible para aquellos tiempos y quizá también para estos. Su reformismo prudente y la inclinación por la austeridad no eran las mejores prendas para hacerse querer en la Corte de un candido cerrajero, melancólico y ausente, aun cuando la burguesía y el pueblo llano advertían en él a un genuino hombre de Estado.

Su condición política de “centro izquierda” acabó finalmente por disgustar a todos, que es la suerte de la ambivalencia en política. La crisis le llegó con la “guerra de las harinas” (que causara mucho desconcierto, tanto que Marie-Antoinette sugirió sustituir pan por pasteles) y que Turgot reprimió sin contemplaciones. Voltaire se muestra radiante con la severidad del ministro y más cuando este presentó sus famosos Seis Edictos Económicos (1776), sin entender que con ellos cavaba el ministro su propia tumba política y, de pasada, la del *ancien regime*. Fue destituido el 12 de mayo de 1776 por Necker, ginebrino y progenitor de Madame de Staël, admiradora de Rousseau refugiada en su villa de Coppet, a las orillas del Léman. Condorcet, el ilustrado bastardo girondino, se convirtió en su biógrafo y lo rescató del predecible olvido al que están condenados los políticos crepusculares que, como Turgot, no acaban por despedirse del ayer ni de subirse al mañana que ya ha llegado.

Para nuestro propósito es muy conveniente recordar que Rousseau ganó el premio del concurso de la academia de Dijon el mismo año —1750— en el que Turgot pronunció las Sorbónicas. Al final, serán cuatro discursos, que bordan temas afines y conexos, lo que puede explicarse

<sup>218</sup> *Op. cit.*, p. XVI.

asumiendo que ellos traducían preocupaciones e inquietudes generalizadas, la del progreso y sus efectos, específicamente. Sin embargo, se trataba de dos lenguajes y de dos mundos muy distintos, antagónicos a la postre. El gran cortesano, aristocrático y académico, vivía en otra dimensión de la del atormentado copista de partituras, y las reflexiones de cada uno surgían de dos experiencias vitales asaz diferentes, en ocasiones, sin punto de contacto, no obstante las similitudes a las que hemos aludido; cuando Turgot intentó rescatar, en su discurso, el valor de la Escolástica incurrió en una herejía afrentosa ante los ilustrados, volterianos y rousseauianos sin distinción.

Ante todo, son dos nociones de la naturaleza las que oponen y excluyen un eurocentrismo incorregible del ministro, lo más alejado de Rousseau que pueda concebirse. Para él, “progreso” es el desarrollo de las ciencias y las artes, sin ver lo mismo que Rousseau: que esa evolución progresiva es precisamente causa y efecto de un extravío inicial que choca con la índole natural del hombre y que desafina en consecuencia en el conjunto de la naturaleza concebida como categoría omniabarcante y total, es decir, que no consciente sucedáneos. Si ello es así, no vale la pena argüir que el progreso en el que la naturaleza es maltratada o soslayada, sea bueno para nadie en el largo plazo. Turgot salva este escollo con una idea extraordinaria, la del *quialismo* milenarista, doctrina derivada del Apocalipsis en virtud de la cual en la *parusía* advendrá un reinado de Cristo de mil años con los Santos ya resucitados, tesis un tanto abstrusa y tan improbable como improbable. Ya estamos aquí en las antípodas de Rousseau, en la misma época y en su mismo tiempo histórico. No tuvo que esperar mucho para ver surgir el partido de opositores que todavía hoy le atribuye lo que no hizo y le hace decir lo que nunca pasó por su mente.

Queda en el aire el pleito entre Voltaire y Rousseau, aun cuando el primero le ha aventajado algo, puesto que el ilustre francés, en sus opúsculos, deslizó lo siguiente:

Todos los hombres han nacido iguales pero un burgués de Marruecos no sospecha la existencia de esa verdad. *Esa* igualdad, *no es* la destrucción de la *subordinación*; todos somos igualmente hombres, pero no miembros iguales de la sociedad. Todos los derechos naturales pertenecen por igual al sultán y al bostangí; uno y otro deben disponer, con la misma autoridad, de sus personas, de sus familias, de sus bienes. Los hombres son, pues, iguales en lo esencial aunque representen en la escena papeles diferentes.<sup>219</sup>

<sup>219</sup> Voltaire, *Opúsculos satíricos y filosóficos*, trad. de Carlos R. de Dampierre, Madrid, 1978, p. 195.

Puede concluirse que, en la lógica de Voltaire, esa igualdad, primero natural y después legal, no lo es para lo social y económico, que es precisamente el problema abordado por Rousseau y desdeñado, como cosa irremediable, por Voltaire.